
RESEÑAS DE LIBROS / BOOK REVIEWS

Bouverie, Tim, *Apaciguar a Hitler*, Madrid, Debate, 2021, 672 pp.

Por Igor Barrenetxea Marañón
(Universidad del País Vasco)

Está claro que lo que iba a suceder el 1 de septiembre de 1939 no estaba ni mucho menos escrito a inicios de los años 30. La victoria del nazismo, el acceso a la cancillería de Hitler implicó, a partir del 30 de enero de 1933, un nuevo desafío para la política exterior europea. Bouverie analiza un periodo terrible y fascinante, todo el proceso que acabó por desembocar en la guerra más devastadora del siglo XX. En su introducción, ya señala que su obra se centra, principalmente, en el estudio de la política exterior de Gran Bretaña en aquellos años. Y lo hace de una forma intensa, sugerente y analítica, en la que, salvo la contienda española, de la que se ocupa poco, retrata de forma tan rigurosa como audaz a aquellos hombres que tuvieron en su día los destinos de las naciones europeas. El autor va desgranando todos esos aspectos que marcaron la política de rearme alemana que, sin duda, fue el primer gran hito de sus intenciones futuras, al que le acompañarían otros como el retorno del Sarre, la remilitarización de Renania y, ante todo, un proceso de violación de las cláusulas del Tratado de Versalles imparable por parte del Tercer Reich. Esta nueva política germana vino acompañada por una situación tanto en Gran Bretaña y Francia favorable, ya que ambos países, de modos distintos, padecieron los efectos de la crisis del 29, que repercutieron negativamente en ellos. Aquellos todopoderosos imperios salieron muy maltratados de la Gran Guerra y estaban atendiendo sus propias necesidades. Desde el punto de vista británico, se consideraba que Alemania había sido maltratada en Versalles.

El problema radicaría en que el régimen nazi tenía unos propósitos expansivos que Hitler ya había dejado bien claro en su *Mein Kampf*. Si bien, muy pocos se habían hecho con un ejemplar y lo habían leído con atención (su difusión en Europa no fue amplia y, además, fue censurado). Y las voces que sí lo hicieron no fueron escuchadas.

A medida que Alemania iba impulsando su rearme y mostraba su política racial, Gran Bretaña y Francia, lejos de actuar al unísono, practicaron políticas muy distintas. Londres no vio con malos ojos un acercamiento a Berlín, mientras que París se vio relegada a un segundo plano, lo cual no fue del gusto de los franceses. A todo esto, la Italia de Mussolini, que hasta ese momento había mostrado la cara dulce del fascismo, llevó a cabo la invasión de Abisinia (1935-1936). Su débil reacción, a través de la Liga de Naciones, mostró la fragilidad de este organismo internacional. Cuando Hitler decidió retirar a Alemania de la Conferencia de Desarme, por ejemplo, no sucedió nada.

Bouverie explica que fue la tradición diplomática británica la que acabó por imponerse: la de la contención. Aunque Londres empezaba a manejar escenarios de conflicto, dándose cuenta de que en el Pacífico Japón era una flagrante amenaza, buscó la forma de atemperar las aguas con acuerdos y, sobre todo, con unas estrategias de ponderación que justo hicieron el juego a Hitler, sobre todo, a partir de 1938, cuando los temas a tratar se volvieron cada vez más serios. Nadie quería empezar otra guerra europea (salvo Hitler, se entiende) para la que se sabían no estar preparados. Ciertamente es que, como indica, fueron unos años en los que había más temor a la expansión del comunismo que al fascismo, con lo cual Londres no vio con malos ojos, sin decirlo abiertamente, que Alemania impulsara sus fuerzas armadas. Pero la rápida expansión de la Luftwaffe, el arma aérea alemana, hizo correr sudores fríos en las islas. Aunque en la Gran Guerra no había sido decisiva, nadie dudaba de su importancia en el futuro ni la capacidad destructiva que comportaba. Bouverie se adentra de forma sagaz por un marco en el que la clase política británica, dominada por los conservadores, buscaba la manera de influir de forma positiva en el continente, pero sin entender la naturaleza exacta de la amenaza. Poco antes de que la política agresiva de Hitler se acrecentara, Neville Chamberlain fue elegido primer ministro. Su llegada a la alta política fue tarde, era un hombre

inteligente, pero poco imaginativo, según estima el autor, traicionado por su propio ego, al creer que su política de *apaciguamiento* podría frenar a Hitler y ser el adalid de una paz duradera para Europa. Erró.

La primera gran crisis fue Austria, el *Anschluss*. Y Alemania, ante la pasividad de Francia y Gran Bretaña, “absorbió” el país natal de Hitler, aunque fuera una de las cláusulas de Versalles. A continuación, fueron los Sudetes checos. En este marco, la diplomacia jugó un papel fundamental, pero, desgraciadamente, intervinieron muchos aficionados.

El autor analiza con minuciosa atención las reacciones contrarias o favorables a Chamberlain, los errores cometidos y las dificultades que entrañaba el giro de los acontecimientos. Y como los detractores del primer ministro y su política, empezaron a mirar a Winston Churchill como la única figura con liderazgo capaz de encarar esta grave situación. Múnich fue el momento dulce y amargo de Chamberlain. Cuando creyó haber logrado la paz *in extremis*, la alegría le duró poco y el desengaño fue tremendo, porque tras haber dejado en la estacada a los checoslovacos (Alemania acabó por absorber el país), Hitler no se contuvo y exigió Danzig y el corredor polaco. La guinda a la torpeza de Londres fue permitir que la URSS acabara pactando con Hitler. Bouverie no especula sobre lo que podría haber sucedido, arroja luz sobre un periodo confuso y gris, en donde estaba claro que la falta de liderazgos políticos firmes en París y Londres permitió que Hitler jugara sus bazas (de manera torpe, pero eficaz) y fuera ganando todas las manos hasta dar el golpe definitivo con el ataque a Polonia. De nuevo, tarde y mal fue la reacción de las potencias europeas democráticas, dejando la iniciativa a Hitler, pero convencidas de que era la hora de la verdad y había que pararle los pies. Bouverie compone un cuadro soberbio y muy claro (a pesar de su complejidad) de esta Europa de entreguerras.

Crusells, Magí; Mayayo, Andreu; Rúa, José Manuel y Sánchez Barba, Francesc (eds.), *Imágenes de las revoluciones de 1968*, Girona, Lenoir Ediciones, 2020, 131 pp.

Por Coro Rubio Pobes
(Universidad del País Vasco)

La estrecha relación entre política, imagen y cine en torno a *Mayo del 68* ha sido puesta de ma-

nifiesto reiteradamente por diversos estudios especializados. Como ocurre a raíz de todo aniversario, con la celebración en 2018 de los 50 años transcurridos desde aquellos hechos, se estimuló la realización de nuevas investigaciones, que han vuelto a ahondar en la cuestión. Este libro es buena muestra de ello. Recoge las ponencias, y en un CD anexo las comunicaciones, del *VI Congreso Internacional de Historia y Cine. Imágenes de las revoluciones de 1968* celebrado dicho año, componiendo un variado recorrido, a escala mundial, sobre el cine comprometido y militante de 1968, aquel que reivindicó el séptimo arte como “arma política” frente al cine “inventado por la burguesía para ocultar lo real a las masas”, como denunciaba Jean-Luc Godard, y también sobre aquel que posteriormente luchó por ganar la batalla del relato acerca de lo sucedido. El volumen, y la colección que él inaugura, es un homenaje al fallecido catedrático de la Universidad de Barcelona José M^a Caparrós, uno de los principales referentes de la historia del cine en España, fundador en 1983 del Centre d’Investigacions Film-Història, cuya ponencia para aquel congreso se publica aquí a título póstumo.

Caparrós se ocupa de la expresión más paradigmática de *Mayo del 68*, el que tuvo su epicentro en París, al que se refiere como “la Revolución francesa del 68”, y explica cómo dio a luz a un cine muy político, preconizado por la *Nouvelle Vague* liderada por Rohmer, Truffaut, Chabrol, Godard o Rivette y el cine del deshielo de los países del Este. En un sintético y apretado recorrido, habla de la aparición en Francia de grupos de cineastas militantes como SLON, Medvekin, Dynadía o el grupo Dziga Vertov (con en el que trabajó Godard), todos ellos émulos de los surgidos en Europa del Este; también del Atelier de Recherche Cinémathographique y de los Cinéastes Révolutionnaires Proletariens, hasta llegar a la aparición de los Estados Generales del Cine en mayo de 1968, constituidos a raíz del fracasado intento del Gobierno De Gaulle de cesar al director de la Cinemateca francesa Henri Langrois, en cuya defensa cientos de cineastas y críticos, entre ellos el propio Caparrós, alzaron la voz. El manifiesto que esos Estados Generales del Cine hicieron público se reproduce al final del capítulo. El repaso de un conjunto de filmes coetáneos y posteriores, desde *Le soulèvement de la jeunesse en Mai 68*, de Maurice Lemaître, hasta *Après Mai* de Olivier Assayas, pasando por *Mourir à trente ans* de Romain Goupil, o *Milou en mai* de Louis Malle, entre otros, así como un epígrafe sobre la heren-